Al ilustrado y distin-
guido compañero, Dr.
Rovira y Oliver
testimonio de la con-
sideración que le pro-
fesa
El Autor

# CONCEPTO DE LA ANTISEPSIA INTERNA

EN LAS

# ENFERMEDADES INFECTIVAS DE LA INFANCIA

Dor Rovira

# CONCEPTO DE LA ANTISEPSIA INTERNA

EN LAS

## ENFERMEDADES INFECTIVAS DE LA INFANCIA

# DISCURSO

LEÍDO EN LA

## REAL ACADEMIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA DE BARCELONA

EN EL ACTO DE LA RECEPCIÓN
DEL ACADÉMICO ELECTO

Dr. D. JUAN VIURA Y CARRERAS

## DISCURSO DE CONTESTACION

DEL

Dr. D. BARTOLOMÉ ROBERT

ACADÉMICO NUMERARIO

28 de octubre de 1893

BARCELONA
Imprenta de Henrich y Cª en comandita
Sucesores de N. Ramírez y Cª
Pasaje de Escudillers, 4

# DISCURSO

DEL

## Dr. D. JUAN VIURA Y CARRERAS

ACADÉMICO ELECTO

Ilustrísimo Señor:

Señores:

UNCA, como en tan solemnes momentos, he sentido la emoción vivísima que conturba mi ánimo al presentarme ante vosotros. Renace en mi alma, en este instante, la indecible satisfacción que la embargó al realizarse uno de los más bellos y acariciados ideales á que yo podía aspirar, cuando, merced á vuestros benévolos sufragios, se me abrieron de par en par las puertas de esta ilustre Academia. Entorpécese mi pluma é invade mi espíritu viva preocupación al reflexionar sojuzgado por el *nosce te ipsum* grabado en mi mente, y táchome de atrevido cuando reconozco el contraste entre los merecimientos que puedo ofreceros y las preclaras dotes de reconocida ilustración y sabiduría que atesoráis los aquí congregados. Así discurriendo, no alcanzo á descubrir los móviles que os inspiraron en mi elección: sólo á los lazos de cariñoso afecto

que con todos me ligan y al testimonio de vuestra sincera amistad puedo ser deudor de la inmerecida honra que me habéis otorgado.

Permitidme, empero, que al cumplir el precepto reglamentario prevenido en los Estatutos, acto aplazado forzosamente, con hondo pesar mío, á causa de circunstancias imprevistas y lamentables, os signifique la desconfianza que me agobia por la escasez de mis propias fuerzas, al dirigiros la palabra, antes de recibir las insignias académicas, símbolo de los estimables títulos que se alcanzan con el ingreso en esta veneranda Corporación, do se aunan el estudio y la probidad, junto con el perseverante espíritu de observación y el entusiasmo por el progreso científico.

Acoged, además, la expresión pública y sincera de mi más leal gratitud, seguro de que no interpretaréis mi ruego como tributo rendido á una exigencia de la costumbre, ó sólo como cumplimiento de un deber de cortesía.

Juzgara como un olvido imperdonable si no expresase en este solemne acto el profundo pesar que entristece mi alma al evocar el recuerdo del insigne profesor y reputado consocio á quien debo reemplazar, sin merecerlo, después que la Parca implacable le arrebató despiadadamente de este sitio, donde tantas ocasiones se os ofrecieron para tributarle vuestro constante afecto y cortés amistad. El homenaje de veneración que rindo en este momento á la memoria del que fué uno de mis maestros más ilustres, no compensa, Sres. Académicos, la amarga pena sufrida por la irreparable pérdida del bondadoso amigo y eminente profesor, que tanto deploramos todos.

Reciente todavía la muerte del Dr. Carbó y de Aloy, casi es en vano invoque ahora su memoria, imperecedera, no lo dudo, en vuestro corazón y en los fastos de esta Academia. Las preciadas dotes que enaltecían al Dr. Carbó se justificaron por las simpatías y la sostenida fama que logró

captarse entre los médicos de Cataluña. Maestro de casi toda la generación médica diseminada por este Principado, á todos infiltró con la suavidad de su acento, la solidez de su argumentación y el caudal de sus vastos conocimientos, los más preciados cánones terapéuticos, difundiendo constantemente luminosas doctrinas que irradiaron desde su cátedra para conquistarle una de las más esclarecidas categorías entre los miembros de la Escuela de Medicina de Barcelona, honra y prez de nuestra región, desde antaño, según lo atestigua el perdurable recuerdo que han legado sus inolvidables profesores.

No se extinguirá fácilmente la memoria de la elevada representación que entre las distintas clases sociales había alcanzado el docto catedrático de Terapéutica, estimado por sus compatricios y venerado por sus comprofesores. Lamentarán unos la pérdida del clínico eminente, cuya ilustrada experiencia solicitaron en apurados trances; recordarán luctuosamente otros las envidiables dotes intelectuales del Dr. Carbó y la activa cooperación que con su impulso y su palabra prestó en todas las manifestaciones y actos de los centros docentes, ora discutiendo, ora asesorando. Asiduo colaborador en las sesiones de esta Academia, por cuyo prestigio tanto se interesaba; amantísimo del esplendor del Ateneo Barcelonés, desde cuya tribuna dejó oir tantas veces su autorizada voz, siempre con aplauso unánime; en la Presidencia efectiva de varias Corporaciones; en las Juntas de Sanidad; en sus discursos; en el folleto; en el periódico; y en su vida toda, consagrada á los enfermos y al devoto culto de la Ciencia en sus múltiples manifestaciones, dió indubitables pruebas de la potente voluntad y honrosísima manera como supo dignificar las privilegiadas cualidades con que plugo al Creador adornarle.

El Dr. Carbó era el médico enciclopedista: así acogía con entusiasmo los positivos adelantos de la Medicina, como discurría con pasmosa erudición sobre los más arduos problemas antropológicos; tanto se deleitó en inquirir los recientes descubrimientos de las ciencias físico-químicas, cuanto gozaba en

intervenir, pertrechado con sus estudios filosóficos, en los debates acerca interesantes tesis de la moderna Sociología.

De carácter apacible y algo reservado en sus juicios, serio y circunspecto, caminaba el Dr. Carbó con esa lenta actividad del prudente que marcha tras deseos elevados é inspirado en nobles intentos, sin desviarse por engañosas apariencias. Me parece todavía oirle discutir, sin vehemencia, con palabra fácil y reposada, elocuente sin abusar de los atavíos retóricos, y siempre dispuesto á sostener con empeño la opinión que formulara. Bien puede aseverarse que nuestro llorado compañero pertenecía al número, no sobrado, de los que poseen instrucción sólida y cabal, uniendo á las dotes de médico excelente, las prendas del cumplido caballero y la sinceridad del amigo.

No basta este mal trazado esbozo de la egregia personalidad científica del Dr. Carbó para patentizar su valía: mas, aun así, delineado torpemente, admítase como justa y gratísima deuda satisfecha á la amistad con que me distinguió y á las inolvidables lecciones que del mismo recogí.

No sé si habré interpretado los usos y costumbres de esta Corporación, dedicando breves frases para conmemorar la estimación y respeto con que venerábamos todos á nuestro insigne maestro; pero, entiendo que, antes de comenzar este trabajo, no debía pecar de olvidadizo é ingrato con mi antecesor. Demás resultará patente la desigualdad de méritos entre ambos; y, no me duele, porque ello justifica más y más la gratitud que poco ha expresara por la merced que os debo, designándome para ocupar uno de los sillones de esta Academia.

Forzoso es confesar, que, si encontré expedita la senda y pude allanar obstáculos, mientras os hacía partícipes de las impresiones que brotaban espontáneas de mi corazón, como eco fiel y perenne del respetuoso afecto inspirado por mi dignísimo predecesor, encuentro, por el contrario, sembrado de abrojos y erizado de escollos el camino que debo proseguir. Vacilaciones

y dudas me asaltan ante el ineludible compromiso de elegir un tema digno de vuestra ilustración, que temo resulte para los oyentes molesto entretenimiento, consideradas mis aptitudes y la parvedad de mis facultades. Ni la exposición y comento de escogidas observaciones clínicas con que otros lograran hacer alarde de fructífera experiencia, ni las selectas disquisiciones acerca la acción fisiológica ó curativa de determinados medicamentos ó substancias con que se enriquece cada día el arsenal terapéutico, conceptúo sean pertinentes en esta ocasión.

Consagrado en los mejores años de mi vida á la práctica médica, con viva y preferente predilección por los estudios de pediatria, preocúpame, como á todos, presenciar á cada paso los estragos originados por gran número de padecimientos infectivos, mayormente ejerciendo casi todos ellos sensible predominio entre la población infantil, y diezmándola de un modo aterrador, según se desprende de las elevadas cifras de mortalidad que arrojan las estadísticas, con elocuencia verdaderamente lamentable. ¿Y las mutaciones que la Terapéutica realiza con el descubrimiento de nuevos y poderosísimos agentes curativos, al par que los maravillosos experimentos con que nos sorprende el laboratorio, y las comprobaciones del clínico, extendiéndose por fecundo y vasto campo de acción, merecen sernos indiferentes?

He ahí, como ante estas reflexiones y subyugado por la avasalladora corriente del panspermismo; asombrado y casi atónito al contemplar la magnitud de los problemas que surgen en la moderna Patología, desde que la poderosa influencia de los micro-organismos se ha entronizado, por decirlo así, en nuestro entendimiento; y á medida que observamos cómo las pacientes investigaciones de los bacteriólogos casi logran anonadar las tradicionales doctrinas médicas, hame parecido lograba concebir asunto para mi tema. Discurrir acerca el conocimiento de los diversos medios de que dispone la Terapéutica actual para combatir y evitar las infecciones en los primeros

años de la vida; ó en términos más concretos, exponeros, confiando en vuestra benevolencia: *el concepto de la antisepsia interna, en las enfermedades infectivas de la infancia;* paréceme materia realmente interesante, siquiera haya de reconocer que es de empeño sobrado para mis fuerzas. Pero no importa; he de cumplir con el deber reglamentario, aunque sea sólo un insignificante contingente que yo, modesto obrero de la Ciencia, aporte al acervo común.

## I

Basta hojear la historia de la Medicina para descubrir estampado con caracteres indelebles en todas sus páginas, el singular predominio que en cada pueblo ejercieron los sistemas médicos que en el transcurso de los siglos dominaron con universal influencia, fomentando una disciplina médica que se trasluce en la historia general de la civilización; nota característica de los tiempos pretéritos, en los que el médico se afiliaba á una escuela, y ésta obedecía, esclava en sus manifestaciones, á los impulsos del método ó doctrina reinante.

Desde que fueron conocidos en Grecia los primeros escritos de Hipócrates hasta llegar al primer tercio de este siglo, en que lanzan los postreros destellos de su supremacía las escuelas de Montpeller y París, baluarte del vitalismo agonizante la una y emporio del organicismo la otra, asombra calcular la potente intervención que las diversas doctrinas sustentadas han tenido en el movimiento científico y en el criterio filosófico preponderante en todas las naciones. No obstante, entre tal confusión de lucubraciones erróneas, después de desvaríos y disidencias

casi increíbles, hase transmitido incólume, hasta nuestros días, el espíritu tradicional de la observación hipocrática, que haciendo oficios de indispensable brújula, señala al clínico acertado derrotero en medio de las embravecidas olas levantadas por la turbulenta agitación científica actual.

Absortos con la rememoración del pasado, presenciamos el comienzo de una nueva era. Ya no es el espíritu de esta ó de aquella escuela el que informa y dirige el avance de las ciencias biológicas, como exclama un profesor contemporáneo; hanse borrado las latitudes y las regiones geográficas que delineaban las tendencias de cada agrupación médica; existe en todo el globo una comunicación constante y frecuentísima; se suceden en tropel los nuevos descubrimientos; cada individualidad presta su potente concurso en el progreso de la Ciencia: á los ontologismos de las antignas doctrinas sucedieron los datos positivos del método experimental, que en mutuo consorcio con la razonada observación clínica deben formar las bases educativas de nuestra generación médica.

Ante la lucha entablada entre el dogmatismo tradicional y el experimentalismo moderno, no es posible mostrarnos indiferentes. El análisis es elemento indispensable para llegar á la síntesis; y asociado á la experimentación concienzuda, ha de servir en multitud de casos para aclarar y precisar las ideas, sin olvidar nunca que los seres son un *conjunto,* como indica el ilustre filósofo vicense [1], y que el mejor modo de percibirlos es ver de una sola ojeada las partes y las relaciones que le constituyen.

No divorciemos las distintas épocas; que si verdadero y útil hay en el pasado, estimable y provechoso hay en el presente. Trabajemos alumbrados por las antorchas de la observación, el experimento y el examen libre é imparcial de los hechos; sólo así alcanzaremos adelantar en nuestro arduo empeño.

No existe la pretendida valla que se intenta establecer entre

---

[1] Balmes. — *El Criterio.* Capítulo XIII.

la clínica y el laboratorio: á nadie más que al clínico que, aun actualmente, sensible es confesarlo, se ampara en el empirismo en algunos de sus más trascendentales actos, interesa tanto el cultivo de la experimentación amplia y rigurosa, pues cada nuevo descubrimiento comprobado es fructuosa labor que utiliza para combatir el mal con poderosos alientos; cada nueva revelación de maravillosos fenómenos es faro potente que ilumina el desarrollo de la Ciencia.

En el período histórico que atraviesa la Medicina, precisa ser *oportunistas* (séame lícito el plagio): enfrente del enfermo, es imposible hacer caso omiso de las tradicionales verdades que aceptamos como leyes fundamentales, ni es lógico tampoco rechazar las investigaciones del bacteriólogo ó el examen minucioso del micrógrafo, pues si sólo regula nuestras deducciones el exclusivismo analítico, haciendo abstracción del paciente, se engendrará inevitablemente una verdadera confusión.

No puedo siquiera suponer que las breves consideraciones precedentes me hagan incurrir en el calificativo de incrédulo ó pesimista respecto á la evolución progresiva de las ciencias biológicas que todos aplaudimos. Muy al contrario; barrunto cierto empeño en fomentar antagonismos entre dos tendencias, y anhelara disponer de tiempo y talentos para seguir las huestes de los que proclaman la unión indispensable entre los datos revelados por la observación y los descubrimientos portentosos que emanan del laboratorio: en una palabra; entiendo que el laboratorio debe subordinarse á la clínica, y no ésta á aquél.

No podemos cerrar los ojos á la evidencia; no cabe hoy desechar, ni menospreciar siquiera, los adelantos modernos. En efecto, quien de imparcial se precie, ¿cómo no admirará los extensos dominios que abarca, hoy, la patogenia de los procesos morbosos, merced al auxilio prestado por las ciencias físico-químicas y naturales? ¿Quién no alienta poseído de orgulloso entusiasmo ante los vuelos, jamás sospechados, á que se remonta la moderna etiología, desde que el advenimiento de las doctrinas microbianas ha provocado una verdadera revolución en el

concepto que profesábamos acerca la naturaleza de los padecimientos infectivos?

Meditando con desapasionado criterio ante los innumerables y portentosos descubrimientos con que nos sorprenden, día tras día, esas infatigables hormiguillas que, desde el modesto rincón de sus laboratorios, rivalizan en aportar tantos granos de pulimentada arena para construir y adornar el grandioso monumento que el siglo actual levanta en honor á la nueva doctrina etiológica, debemos vanagloriarnos de pertenecer á esa feliz generación que logra ser testigo del nacimiento del moderno concepto de las infecciones; y mientras asistimos á los combates librados entre defensores y detractores del *contagium vivum*, convengamos en que la nueva doctrina resiste victoriosa, hoy por hoy, los recios embates con que la rechazaron sabios de gran autoridad en diferentes países. Reconózcase que sobre ella tiene fija su mirada el mundo entero, abrigando la grata esperanza de que seguirá fecunda en valiosos frutos y será uno de los timbres de gloria que con más orgullo ostentará el final del siglo XIX.

Prescindid, si queréis, de las exageraciones nacidas del entusiasmo de los más fervientes admiradores; rechazad las preocupaciones de escuela, si os place; pero, no desdeñemos las indiscutibles ventajas que la moderna Bacteriología presta á las ciencias médicas. Ninguna rama de las mismas cual la Higiene puede sentirse gozosa y nutrida por la savia vivificadora que brota de las doctrinas reinantes, elevándola al más esplendoroso apogeo que pudiera imaginarse, convirtiéndola, según la gráfica expresión del conspicuo profesor de Patología general, de Madrid [1], en granítico monumento que ha de inmortalizar la era médica moderna.

¿Acaso pudiera alcanzar la Cirugía sus lisonjeros éxitos, sino merced á los eficaces auxilios prestados por la bacteriología?

---

[1] "El pro y el contra de la vida moderna".—Discurso inaugural de la Academia de Medicina de Barcelona, en 1874, por el Dr. Letamendi.

Después de los triunfos de Pasteur, de ese genio que glorificará un siglo, cuando confunde á los partidarios de la generación espontánea, demostrando en el aire los gérmenes productores de toda putrefacción; y cuando, más adelante, Lister, apóstol de la nueva idea, se empeña tenaz en impedir el contacto de los agentes nocivos en las heridas y en el instrumental quirúrgico; solamente desde aquel punto y hora entonan los cirujanos himnos de alabanza á la transcendental doctrina que denuncia al microbio como agente patógeno, y sólo desde entonces se hacen dueños del campo operatorio, alejando del mismo los agentes virulentos, ya acudiendo á la antisepsia más racional, ya intentando la asepsia más estricta, conquistando la admiración y los plácemes del mundo entero con esas audacias que semejan delirios temerarios, pero que gracias á ellas alcanzan librar de funesto y certero fin á nuestros hijos y á nuestros hermanos.

¿No aplaudimos gozosos los soberbios resultados que tocamos de la adopción de las doctrinas imperantes en la práctica tocológica? ¿Quién osará despreciar indiferente las elocuentes estadísticas que arrojan los registros de todas las Maternidades científicamente organizadas, en las que brillan y sobresalen las exiguas cifras obituarias de hoy comparadas con la devastadora mortalidad deplorada hace veinte años?

En pediatria, así en la primera como en la segunda infancia, nótase asimismo la potente intervención de las ideas que privan hoy en el terreno científico. El clínico no se limita á combatir los peligros que rodean á la madre en el parto y en el puerperio, mediante una antisepsia sostenida y enérgica; hace también partícipe de tan benéfica influencia al tierno vástago íntimamente ligado, durante los primeros días de la vida, al ser que le albergó en su seno.

Las fundadas precauciones higiénicas, verdaderos medios profilácticos con que sustituímos prácticas rutinarias que pasaron á la historia, garantizan al recién-nacido contra accidentes que durante la cicatrización de la herida umbilical solían observarse, antes de ser vulgar esa limpieza exquisita del niño,

que las madres aplauden, convirtiéndose en panegiristas del nuevo método. Pero, hay más; el conocimiento de los agentes virulentos, abre el camino para excogitar y avalorar nuevos agentes terapéuticos, ora se trate de combatir la septicemia del infante, inutilizando la acción de los *stafilococus piogenes aureus, albus y citreus,* que se sospecha la determinan; ora se domine la oftalmía purulenta con su gonococo de Neisser; ya se trate de arbitrar medios para vencer el trismus ó tétanos neo-natorum, en cuya evolución se asigna gran importancia al nuevo bacilo descubierto por Nicolaïer.

¿Además, no practicamos con éxitos brillantes la pleurotomía en niños tiernísimos, é invadimos las cavidades naturales ó accidentales, siempre que sospechamos se alberga en ellas una causa positiva de infección? Y los resultados, más ó menos discutibles, pero, al fin, hechos realizados, en la práctica de las craniectomías que contra determinados procesos encefálicos de la niñez se llevan á cabo, ¿no constituyen un positivo progreso?

Indudablemente, Sres. Académicos, no se registra otro ejemplo en el decurso de las centurias precedentes de haberse propagado una doctrina con tal pujanza, y que haya sido asimismo tan fecunda en providenciales adquisiciones, conmoviendo las bases fundamentales de la Medicina en el grado y forma acontecido y en tan breve período de tiempo.

Ningún observador osará sustraerse de inquirir y aquilatar la prodigiosa acción de esa pléyade de seres vivos, microscópicos, diseminados en el ambiente que nos rodea, ó huéspedes y comensales en nuestro organismo. Donde quiera haya substancias orgánicas, allí habrá micro-organismos dispuestos á descomponerlas y nutrirse de ellas. En la naturaleza toda, en el agua, en el suelo, en el aire, en la trama de nuestros tejidos. Parece que la existencia de esas miriadas de maravillosos seres obedece á la regularidad admirable de las leyes universales, en virtud de cuyo enlace y concordancia se harmoniza todo lo creado, interviniendo en el orden de los fenómenos naturales y en la existencia misma del hombre. ¡Con cuánta verdad pudo

decir un erudito y castizo escritor, el Dr. Pulido, que al acudir las distintas ramas de la Medicina á la evocación de la panspermia, han creado en conjunto un nuevo aspecto en el grandioso poema de la Ciencia!

Ante los hechos positivos, conocidos objetivamente los agentes patógenos, sus cultivos, su acción en el organismo humano y en el de muchos animales, no es posible resistirse á aceptar como causa de las enfermedades infectivas á las bacterias, — usando esta palabra en términos generales, — siquiera sólo se admita como hipótesis razonada y con visos de probabilidad á la reciente doctrina.

Ocurre dudar, no lo niego, de algunos hechos á costa de inmensos sacrificios obtenidos: admítase con reparos, si se quiere, que el bacilo de Friendländer sea la única causa de la pulmonía, en el niño y en el adulto; que el bacilo de Löffler, ú otro, sea el exclusivo agente productor de la difteria; adúzcase, además, que los gérmenes específicos de la viruela, escarlatina, etc., no se han definido aún, sin que ello empezca que deban ser consideradas estas últimas enfermedades como infectivas. Siendo las fiebres exantemáticas contagiosas é inoculables, atendido su curso y manera de propagarse, es lícito explicar su desarrollo, evocando el contagio animado que ha de transmitir el elemento infectivo. ¿Por ventura, es dato de escasa valía conocer cómo se cumple íntegramente el círculo evolutivo del microbio productor de muchas infecciones, que aislado y cultivado, determina, al inocularlo en el animal, enfermedad análoga á la observada en el hombre ó en el niño? La existencia de todos estos hechos es indudable, y debe por tanto aceptarse. ¿Quién osará sostener la posibilidad de que una combinación no organizada se reproduzca y multiplique, como hace observar un eminente patólogo español? [1]

Nos consta que la nueva doctrina no explica cumplidamente

---

[1] Cortezo.—Discurso de recepción en la Real Academia de Medicina y Cirugía de Madrid.—1891.

aún los fracasos ó reveses que le atribuyen los clínicos, y no es de extrañar, tratándose del planteamiento de originales procedimientos de investigación. Cálmense los impacientes, que si algún desvío ó contingencia tuerce, siquiera sea momentáneamente, la marcha progresiva de esta parte de las Ciencias biológicas, no se eche en olvido que al constituirse un nuevo método hay que sacrificar tiempo para desbrozar el camino de las malezas que estorban el paso; además, de que nunca resultan perfectas las primeras concepciones del hombre. Nunca ha dado la vid el máximum de su fruto el primer año de crecer lozana y en terreno fértil.

Esperemos con fe, sin vacilaciones, no entregándonos en brazos de la desconfianza; siendo de desear que mancomunados los esfuerzos del clínico y del bacteriólogo sea pronto una realidad la posesión de los más nimios detalles de esa lucha entre agresores y agredidos; obtener, como indica mi sabio maestro, Dr. Letamendi, el conocimiento de las relaciones intensivas que pueden darse entre la energía actual positiva del individuo agresor y la del individuo ó colectividad agredidos [1].

Conste que el nuevo concepto etiológico de los padecimientos infectivos, tiene fundamentos lógicos que le vigorizan, amén del esplendor que le prestan los trabajos de los experimentadores. Con todo, fuerza es admitir que atravesamos un período evolutivo, careciendo aún de algunas de las leyes que presiden la patogenia de las infecciones. De ahí que la terapéutica luche con inconvenientes de gran monta, que la antisepsia interna ó médica arraigue penosamente y se difunda con lamentable lentitud. No basta que el bacteriólogo apoderándose de los virus, atenuándoles y convirtiéndoles en vacunas, elabore un organismo patógeno, transformado de veneno morboso en remedio preventivo ó medio profiláctico del envenenamiento. El clínico aspira á la elección de medios curativos, verdaderos desinfec-

---

[1] Letamendi.—*Curso de Patología general.*—1889.

tantes internos, que representan en Medicina la valiosa labor alcanzada en la Cirugía. No se propone impregnar el organismo de substancias antisépticas que ejerciendo la misma acción contra la célula humana que sobre el agente virulento, maten al enfermo antes de aniquilar la bacteria, como algún sofista de buen humor ha hecho notar. Nada de eso: es sabido que poseemos substancias inofensivas para el hombre y tóxicas para algunos micro-organismos; siendo harto conocido el hecho de que basta añadir una millonésima parte de nitrato de plata en un líquido que contenga el *aspergillus niger* para que la reproducción de éste se detenga bruscamente, suspendiéndose su vegetación si el líquido se halla contenido en un vaso del mismo metal.

Hay más; es indudable que obramos localmente con medios antisépticos contra agentes cuya primitiva acción es local. Existen algunos, que, sin atacar la vida del hombre ó del niño, modifican la nutrición del germen virulento, su crecimiento, su multiplicación, la forma y sus funciones, exaltando, atenuando ó suprimiendo la virulencia en un tiempo dado [1].

Sobre estas bases se apoya la antisepsia interna, método nuevo, que dista mucho de haber alcanzado su ideal y que en su evolución lenta, marcha impulsado por el potente aguijón de la moderna doctrina. Bien acogido sea, insiguiendo el *festina lente*, que ha de ser nuestra divisa en la terapéutica de las enfermedades internas, rama de las ciencias médicas que avanzando tímida, nunca lleva sus adelantos con la perfección y rapidez en su modo de obrar que ansía el enfermo sumido en grave dolencia, ni logra satisfacer cumplidamente al médico, que movido por plausible celo, sólo fija su aspiración en curar ó aliviar al paciente.

Prosiguiendo el desarrollo del tema enunciado y fiel á los provechosos consejos de un eximio escritor, que estima el orden en la exposición, como el alma de todo trabajo científico, pro-

---

[1] Bouchard.—*Communication au Congrès de Copenhague.*—1884.

cede nos ocupemos: 1.° del concepto actual de las enfermedades infectivas en la infancia y de las circunstancias que influyen en su invasión y desarrollo; 2.° del conocimiento general de los agentes ó medios antisépticos de que la Medicina dispone para sus indicaciones, en el tratamiento de los padecimientos infectivos de la niñez.

Vasto es el asunto, exigiendo, para que resulte labor deleitable, un caudal de variados conocimientos, sólida erudición y alguna latitud de tiempo de que no dispongo, aunque me apene. A falta de tan indispensables medios, vuestra indulgencia siempre propicia, por un lado, y la reconocida ilustración que os distingue por otro, no dudo suplirán las deficiencias que resulten. Huyendo de consideraciones extensas y de la enumeración prolija de datos y experimentos, dada la índole de este trabajo, sintetizaré, en cuanto quepa, los extremos que abarcan los puntos de mi preferente atención, cuidando ceñirme, como hasta aquí, á un estudio de conjunto y exento de detalles.

## II

Repútase á la infancia como una de las edades que cautiva con mayores atractivos y que ofrece más dilatado horizonte para las observaciones del médico. No siempre se halla impregnada de risueños encantos, de gozo é ilusiones, la atmósfera que circunda la cuna del niño. Cuando comenzamos á vivir, mecidos y alimentados entre los puros besos del amor maternal; mientras dura la niñez, en cuyo período, como en todo lo que empieza, reinan el bullicio, la alegría y la expansión; en la aurora de la existencia, en que el organismo, siendo aún terreno virgen, resultará campo abonado para germinar en él las semillas de la salud ó morbosidad futuras, hasta destacarse las más esenciales

condiciones orgánicas que adquirirán carácter decisivo en el porvenir del niño; en esta época, sensible es consignarlo, será cuando el clínico luchará sin tregua contra innumerables enfermedades que, minando la frágil economía del nuevo ser, cortarán á menudo el hilo de tan preciada existencia.

Predomina en la primera infancia una actividad notabilísima en las funciones de nutrición, merced al crecimiento rápido y á las exigencias que imperan en el organismo para reparar constantemente los elementos nutritivos; prevalecen la viveza y la vehemencia en las manifestaciones del sistema nervioso, siendo la sensibilidad tan exquisita, que por la causa más nimia se despliegan maravillosos y casi inexplicables reflejismos, nota característica del funcionalismo cérebro-espinal en esta edad. El aparato respiratorio es susceptible en sumo grado á la influencia de las causas morbosas; el tubo digestivo es manantial inagotable de fenómenos patológicos: en suma, el niño tierno y de delicada contextura se halla sometido al influjo poderoso de ese desenvolmiento de órganos y funciones que hace no viva como el adulto, según ha dicho Fonssagrives, y que, por ende, tampoco enferme como él.

Los procesos patológicos modifícanse asimismo al compás de las transformaciones anatómicas y fisiológicas del infante, revelándose menos sensibles diferencias á medida que el desarrollo orgánico del individuo es completo, hasta desaparecer cuando el adulto integra el conjunto de sus caracteres anatomo-fisiológicos. No hay duda que en el niño se registran los mismos padecimientos que en la virilidad y la vejez: ciertamente, las leyes fundamentales de la Patología son unas mismas en todas las edades. Sin embargo, el infante sufre enfermedades especiales, entre ellas las propias del recién-nacido y otras muchas, como la sífilis hereditaria, el raquitismo, la coqueluche, las meningitis, etc., etc., que, siendo mucho más comunes entre la población infantil, determinan en ella funestos estragos. Las enfermedades infectivas, y entre éstas las fiebres exantemáticas, no figuran en menos notable proporción en el

doloroso contingente de mortalidad. ¿Y no ha de ser el niño más apto para contraer los padecimientos infectivos, como organismo joven, al que le ha faltado tiempo para enfermar, distinguiéndose, además, sus tiernas células por su mayor vulnerabilidad, según Bouchard, y siendo, por lo mismo, mucho más impresionables por los agentes virulentos?

El mecanismo fisio-patológico del proceso morboso en los territorios celulares, puede ser idéntico en la niñez y en la virilidad; no obstante, en pediatria, singularmente en la primera infancia, vemos el testimonio de un síndrome distinto y variable; la patocronia no es la misma; la fisonomía clínica del mal difiere, en multitud de casos, de lo presenciado en el adulto; en una palabra, la semeiótica es especial.

Modificaciones tales en la semeiología, en un individuo de desarrollo intelectual imperfecto, en un ser en el período de desenvolvimiento, donde todo empieza y nada hay terminado, con notables variantes en los fenómenos de movilidad y emotividad, obligan al pediatra á decidir las indicaciones sin retardo, con dudas en la diagnosis y, no raras veces, ante un síndrome, ora rápidamente desplegado, ora indeciso é indescifrable. ¡Sea la discreción el mentor del médico en la clínica de la infancia, imponiéndose una terapéutica activa, pero prudente y mesurada, insiguiendo los sabios consejos de Henoch y Hufeland, que anteponen la medicación pasiva y expectante á la perturbadora ó de acción no bien definida.

No sin fundamento, pues, se ha erigido en *especialidad* la pediatria, fuente de conocimientos que nutre y da vigor al frondoso árbol de las Ciencias Médicas. Trazada por mi pluma la palabra especialidad, séame consentido como digresión, quizá no pertinente, emitir el concepto en que han de aceptarse las especialidades médicas, reconociéndolas como derivaciones que arrancan de un tronco común, la Medicina, cuyo total estudio y conocimiento deben profundizarse para proceder á la aplicación de toda ella á un ramo particular de

la práctica [1]. Ahora, más que antaño, precisa el estudio completo de la nosología, sin las excisiones exageradas propuestas, ya que, en realidad, las especialidades no caben tanto en la Ciencia como en el Arte. No confundamos el especialista con el artífice ú obrero que sólo se atiene á lo particular y concreto de su cotidiana industria. Lejos de ello, aspirando á que las especialidades no caigan en un descrédito harto fundado, y sean lo que deben ser, así en la teoría como en la práctica, cuidemos no impliquen la muerte de lo *general,* de ambas patologías externa é interna, que, separadas sólo para facilitar su estudio y la división del trabajo, es fuerza vivan unidas en nuestro entendimiento, hoy, con más razón, ya que tanto nos afanamos para inquirir y deslindar el mecanismo fisio-patológico de los grandes procesos morbosos, hijos legítimos, la inmensa mayoría, del trastorno de la nutrición protoplasmática, unos; de la infección, otros.

Ciñéndome al tema propuesto, no puedo proseguir sin intentar el estudio de la infección, elemento morboso no tan nuevo como algunos imaginan, pero que, merced á los portentosos descubrimientos originados por esta rama de la patogenia, es la preocupación constante de los médicos contemporáneos. Para agrupar los padecimientos infectivos de la infancia, unificados por la naturaleza de la causa, es imprescindible presentar, siquiera sea en resumen, el estado actual de nuestros conocimientos acerca de esta materia.

En el momento histórico presente, la palabra infección no es aplicable á todo género de intoxicaciones: se limita más su significado, es más precisa, comprobada la existencia de los agentes vivos, figurados, micro-organismos patógenos, de influencia indubitable, como que han alcanzado popularidad con su propio nombre: los microbios. Mas, como la Ciencia no ceja en su rápido y admirable avance, ya no se señala solamente

---

[1] Letamendi.—*Patología general.*—T. III.

como causa de las infecciones á los agentes del grupo de las bacteriáceas [1], sino que se asigna papel patogénico aun no bien determinado á algunos *amibos*, atribuyéndose asimismo valiosa influencia á distintas clases del grupo de los *sporozoarios*, descubiertas en el hombre las *psorospermias oviformes ó coccidias*. Y los adelantos se suceden con tan vertiginosa rapidez que, tras el conocimiento del hematozoario de Laveran, ó de las plasmodias que intervienen en los fenómenos del impaladismo, se trata ya de explicar la relación entre la evolución cíclica de este sporozoario y el modo de sucederse los accesos piréticos [2].

Si enojosas é interminables discusiones surgieron siempre por no fijarse el verdadero sentido de las palabras en el lenguaje médico, aun á trueque de dar cierto tinte didáctico á esta parte de mi trabajo, permitidme exponer cómo se define la infección. Derivada esta voz del latín—*inficere, infectar, corromper,* —se considera, en general, como el resultado de la penetración y pululación de los gérmenes patógenos en el organismo. Ó, aclarando más esta idea, debe explicarse la infección como el efecto que deriva de la presencia de un ser vivo vegetal, que se nutre y reproduce á expensas de otros seres vivos también, especialmente animales, perturbando más ó menos profundamente los elementos orgánicos inmediatos del individuo invadido, ya por su sola presencia, ya por los excreta que del mismo agente causante proceden: siendo de rigor que el agente tóxico, dispuesto en condiciones abonadas, sea capaz de reproducirse y multiplicarse indefinidamente. De suerte, que así como en el grano de la semilla se hallan el germen, la planta, la flor y el fruto, asimismo en el casi invisible organismo patógeno vemos compendiada una *gran parte* de la historia del proceso morboso y sus desastrosos efectos.

Los progresos recientes indican que la intervención del microbio es más complexa, pues no sólo obra por su acción de

---

[1] Arloing.—*Des virus.* —1891.
[2] Golgi.—Baumgarten.—*Mycologie Pathologique.*

contacto, sino que además determina efectos patógenos en virtud de sus productos de secreción (toxinas), líquidos análogos á los venenos ó diastasas, que arrastrados por el torrente circulatorio acarrearán trastornos en órganos lejanos. De modo que renace la idea de juzgar el proceso infectivo como una intoxicación, pero de naturaleza especial, debida al *tóxico específico de una bacteria patógena*. Y estas ideas imperan, según Gamaleïa [1], no sólo gracias á los brillantes efectos de las vacunas químicas, sí que también por haberse demostrado que algunas bacterias permanecen localizadas en el punto donde se desarrollan, sin descubrírselas en órganos internos, donde no es posible su vida, y no obstante llegan con su poder patógeno á determinar síndromes graves y aun la muerte. Tal ocurre con el bacilo de Löffler en la difteria; con el de Nicolaïer en el tétanos, estrictamente localizado en el punto de inoculación; y con el mismo bacilo-vírgula de Koch, vibrión del cólera asiático, no descubierto todavía en los órganos internos de los individuos que han sucumbido á esta enfermedad.

Razonando lógicamente y aceptada la infección en el concepto mentado, se reputarán como infectivas todas aquellas enfermedades del niño en las cuales se demuestra experimentalmente la existencia de un micro-organismo, causa de la perturbación morbosa, verdadero microbio *específico* que al reproducirse en otros individuos determina síntomas idénticos; y todas aquellas en las que por la analogía de sus fenómenos puede asignárselas origen de la propia índole, aunque no se haya descubierto ó cultivado el germen productor (viruela, sarampión, escarlatina, etc., etc.)

Quizás, á no tardar, la incesante labor de la Ciencia imprima nuevos giros á las opiniones actuales; mas, entretanto, el clínico no puede eludir las aplicaciones del nuevo método; debe fijarse en el reciente decálogo del microbismo, y atemperarse en

---

[1] Gamaleïa.—*Les poisons bactériens.*—1892.

las medicaciones á los datos surgidos de la observación y de los experimentos.

No creo exagerar, si afirmo que encuentro erizado de dificultades bosquejar siquiera una clasificación de los padecimientos infectivos de la infancia, ya que cuanto se intente en este sentido resultará imperfecto y provisional. No me juzgo facultado para acometer tamaña empresa. Indudablemente el bello ideal del nosólogo, no estriba en el estudio de grupos antitéticos en los que destacan sensibles diferencias; acaricia más bien la clasificación en grupos escalonados, según la energía patógena del agente virulento, imitando las clasificaciones adoptadas en las ciencias naturales. Tantea iniciar este plan, para que sirva de guía, á guisa de ensayo, un ilustre socio de esta Real Academia, el Dr. Rodríguez Méndez, quien expuso brillantemente tan espinoso asunto en un trabajo leído ante esta digna Corporación, en el que, como en todos los escritos que brotan de su elegante pluma, no se sabe qué admirar más, si la belleza en la dicción, ó los elevados conceptos vertidos por nuestro eminente higienista.

Ímprobo trabajo resulta encerrar en límites delineados el grupo de los padecimientos infectivos, pues además de juzgarse algo prematuro, en Medicina, basar una agrupación de los mismos, subordinándola á las nociones más acabadas de criptogamia, tampoco podemos clasificarlos en virtud de los caracteres anatómicos y de las aptitudes fisiológicas de los gérmenes morbosos. ¿No existen, por otra parte, un número de infecciones, de *naturaleza indeterminada,* por no haber sido aún señalados los micro-organismos que las provocan? ¿No se admiten enfermedades de naturaleza parasitaria, surgidas ó complicadas por la presencia de varios microbios asociados, predominando unos ú otros, según los casos, como se observa en ciertas formas de bronco-pneumonía, de meningitis, etc.?

No ha llegado á su apogeo el cultivo en el campo de la microbiología para reunir datos suficientes que *especifiquen* los caracteres del agente patógeno de cada enfermedad infectiva,

para trazar los lindes rigurosos á que el nosólogo aspira en la clasificación. Por otra parte, obtenidos los datos bacteriológicos del laboratorio, hijos de la experimentación y muchos de ellos no bien comprobados todavía, ¿no corremos el riesgo, aun estimando tan portentosos adelantos, de que si anticipamos nuestras deducciones, resulten negativos mañana los datos positivos de hoy, y se derribe un día lo edificado en el anterior?

Afirma Mosny, en estos días [1], que, aun reputándose como causa única del proceso pneumónico lobar un agente figurado patógeno, andan en desacuerdo los bacteriólogos sobre si debe aceptarse el pneumococo lanceolado de Talamon-Frænkel como exclusivo productor de la pneumonía franca ó lobar, y al pneumo-bacilo de Friedländer como el verdadero causante de la pneumonía lobulillar ó bronco-pneumonía. Atestigua el autor citado, que, según los más recientes trabajos, se reputan cuatro especies de agentes patógenos como causantes de la bronco-pneumonía.

En la meningitis aguda, protopática, del infante, después de comprobada la existencia del *stafilococus piogenes albus* en el exudado purulento de varios cadáveres, asegura recientemente algún autor que hanse descubierto seis especies distintas de gérmenes patógenos, reconocidos en otras tantas necropsias de niños fallecidos á consecuencia del proceso meningítico agudo.

Estos hechos son suficientes para patentizar cuán arriesgada es en la actualidad la clasificación de los padecimientos infectivos de la infancia, que resultaría incompleta y mudable al compás de las sucesivas investigaciones de los bacteriólogos. Por el momento, acójase como menos expuesta á reformas cotidianas la introducida por Hermann Eichhorst, estudiando los padecimientos infectivos por grupos, caracterizados por la participación predominante que el estado morboso, la infec-

---

[1] Mosny.—*Broncho-pneumonie.*—1892.

ción, determina en los diferentes órganos ó sistemas de la economía, incluyendo en un grupo final los padecimientos transmisibles desde los diversos animales al hombre ó al niño.

Las teorías microbianas brindan halagüeñas perspectivas á la Medicina, es indudable; mas no resuelven los complexos problemas que asaltan la mente del médico, ni disipan algunas nebulosidades que flotan entre el cúmulo de hechos no esclarecidos todavía. Algunas enfermedades infecciosas, aquellas en las que es más factible estudiar su curso y modo de transmitirse, las fiebres eruptivas, tan comunes en la niñez, carecen de la prueba deseada, del agente virulento específico, no descrito aún. El período de incubación, fase de la enfermedad, notable por la carencia de síntomas ó fenómenos morbosos apreciables, no ha sido interpretado satisfactoriamente, á pesar de las nuevas doctrinas.

La noción del bacilo y sus secreciones tóxicas no basta para aclarar por completo el mecanismo del proceso. Defínense los alcaloides tóxicos dependientes de algunas especies de bacterias; pero ignorando las condiciones del medio de implantación, es aventurado fijar el alcance, el valor nocivo en cantidad ó calidad de esas toxinas en contacto con los elementos orgánicos. La nueva teoría es ingeniosa; mas carecemos de las experiencias, que es de esperar se obtengan y la acrediten en el porvenir.

Tengamos presente que el organismo no es un medio inerte y que por lo mismo la proliferación de los gérmenes en el seno de nuestros tejidos, no ocurrirá en condiciones análogas á las observadas *in vitro;* que desconocemos aún la energía de acción del agente patógeno en el protoplasma, la fuerza de resistencia de éste, en suma, las circunstancias en que toma cuerpo esa lucha íntima entre el tóxico ó elemento infectivo y el elemento celular orgánico.

Holgárame discurrir, siquiera brevemente, acerca algunos puntos interesantísimos de la patología general de la infección, íntimamente enlazados con el tema expuesto y que imagino

importa conozca el clínico en la actualidad. El tiempo y el espacio de que dispongo me vedan abordar este estudio, que, mejor que quien tiene la honra de dirigiros la palabra en este instante, tenéis ya elaborado.

Gustoso ocupárame de la influencia asignada al número de agentes patógenos en la duración de la enfermedad y en la intensidad de los síntomas; de las experiencias acumuladas para evidenciar cuánto podemos influir en el número y forma de los microbios, revistiendo sumo interés práctico la posibilidad de modificar la forma de las bacterias, sin perturbar su vitalidad, conocimiento trascendental para el terapeuta; de los fundamentos que hacen ó no aceptable la doctrina del *polymorfismo* de un micro-germen determinado, según los medios que le rodeen ó en contacto de substancias antisépticas ó medicamentosas; resumir cuanto se refiera al grado de virulencia, resultado de funciones poco conocidas hoy, como atestigua Bouchard, aunque se abran cada día nuevas vías para este estudio, desde que se descubrió el mecanismo de la función cromógena.

Asimismo deleitárame exponer el concepto que merecen los luminosos y recientes trabajos para obtener artificialmente esa especie de transformismo anatómico y funcional del microbio, hasta llegar á modificar la virulencia del mismo, en cuya paciente labor á tanta altura han brillado Pasteur, Arloing y Charrin, evidenciando experimentalmente cómo la rabia humana ó canina se atenúa en el mono y aumenta de actividad en el conejo, y llegando á concluir, que, siendo la virulencia propiedad modificable, será posible distinguir las condiciones que permitan atenuarla ó destruirla. Y, por medio de semejantes experiencias, comprender que la virulencia es el resultado de propiedades diversas, así como darnos cuenta, más ó menos aproximada, de la serie de trastornos ocasionados en el organismo por el agente patógeno, ya por su acción mecánica (necrosis por embolia), ora por su acción traumática en contacto con los elementos anatómicos, ya por sus toxinas, determinando la intoxicación.